

MARRAUD, Hubert y OLMOS, Paula (eds.): *De la demostración a la Argumentación. Ensayos en honor de Luis Vega*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2015, 246p.

El libro *De la demostración a la argumentación*, editado por Hubert Marraud y Paula Olmos es, como reza su subtítulo, un libro homenaje a la persona, al académico y al investigador Luís Vega Reñón, en ocasión de su transición (a la que no voy a denominar “jubilación” por no parecerme descriptivamente adecuada teniendo en cuenta la ingente actividad de la que sigue siendo protagonista; quizás sería más justo llamarla “liberación”) de la figura de catedrático de plantilla a catedrático emérito en la UNED, donde lleva y continua impartiendo magisterio desde hace unas cuantas décadas. El volumen constituye, por lo tanto, *prima facie* un agasajo y una celebración que no podría ser más merecida ni más oportuna, y a la que modestamente he querido sumar mi granito de arena con esta reseña. Pero, en mi también modesta opinión es mucho más, ya que en su análisis colectivo de las propuestas, contribuciones y trayectoria intelectual del homenajeado constituye una valiosa instantánea del “estado del arte” de los estudios sobre la argumentación en España, en el ámbito hispanoamericano y, por extensión, en el ámbito planetario. Y, en mi opinión, que quizás aquí es menos modesta pero no por ello menos bienintencionada, puede ser el comienzo de algo más, quizás el acta de constitución de una escuela, una corriente o un paradigma de investigaciones filosóficas con unas señas de identidad y una lengua propia. Intentaré justificar estas tres afirmaciones por orden en cada uno de los tres apartados de esta reseña que a continuación siguen.

Recibido: 05/09/2016. Aceptado: 13/09/2016.

Virtudes argumentales, virtudes epistémicas, virtudes filosóficas

Según dicen los compiladores al inicio del prólogo, el libro ha sido “recompilado en homenaje a nuestro compañero, maestro y amigo”. Adviértase que usan la conjunción “y”, y no la conjunción “o” como haría un lógico si pretendiera afirmar que Luis Vega es maestro de algunos de los contribuyentes, compañero de otros y amigo de algunos más (y los compiladores han dado cumplidas muestras en sus propia trayectorias profesionales, no lo olvidemos, de un conocimiento profundo de la lógica). Lo cual quiere decir que al menos los prologuistas, y por extensión probablemente buena parte de los colaboradores, creen o creen guardar con Luí Vega Reñón las tres relaciones a la vez, amistad, magisterio y camaradería. No hace falta darles muchas vueltas a las tres palabras para advertir el juego de tensiones recíprocas. Las tensiones inherentes al trabajo y la responsabilidad compartidas tienden a engendrar, más allá de la mistificación del “sex in the office”, más animosidad que armonía. El maestro cuando es bueno genera naturalmente agradecimiento y hasta cariño, pero no es frecuente que se alcance la cercanía requerida para la genuina fraternidad. Y en cuanto a la compatibilidad entre “compañero” y “maestro”, ¿no parece casi una imposibilidad lógica, sino ontológica?

Pues bien, me gustaría defender que el haber conseguido limar esas tensiones e integrado los tres conceptos en su propia práctica investigadora, inevitablemente colectiva, no solo es lo que mejor define el talante filosófico de Luí Vega sino que además constituye uno de sus principales logros intelectuales.

Que el lector permanezca tranquilo, no voy a caer en el irritante tópico “es un gran X, pero es mejor persona” (donde X es una variable abierta que puede instanciarse con el nombre de cualquier oficio, especialmente “futbolista” o “presentador de televisión”). Al fin y al cabo, no conozco a Luí más que de haber coincidido en congresos, simposios, seminarios y demás eventos académicos (muchos organizados por él), y no debo abrogarme el derecho de juzgar su valía moral (aunque es cierto que hemos compartido algún cocido madrileño, una efectivísima técnica para revelar el auténtico carácter de las personas que seguramente todavía desconocen los servicios de inteligencia del mundo). Por lo que yo sé, Luí Vega bien podría pasarse las noches removiendo pótimas en su caldero y urdiendo conspiraciones apocalípticas. A lo que me refiero es a virtudes epistémicas. Es decir, rasgos del carácter, directrices conductuales y estados de ánimo que contribuyen positivamente al discurrir satisfactorio de los procesos colectivos de adquisición y trasvase de conocimientos, y cuyo valor no es ético sino claramente

pragmático. Y ya de paso, o más específicamente, virtudes argumentativas, es decir, una vez más rasgos de la personalidad, pautas de comportamiento y emociones que favorecen el intercambio y la confrontación constructiva de razones, evidencias y argumentos.

Hay ahí una importante lección, que él ha vertido más de una vez en sus propios textos insistiendo en la importancia de las “buenas prácticas” y la “buena predisposición”, pero que también ejemplifica continuamente y por lo tanto ha expresado de la mejor manera posible en su propia práctica. Tomar, con respecto a las contribuciones del otro, una actitud a la vez de maestro y compañero significa: adquirir y respetar el compromiso de “decir algo”, de “enseñar algo” (y algo valioso, algo pertinente, algo verdadero, algo sustantivo) y a la vez mantenerse receptivo a las opiniones, objeciones y contribuciones del interlocutor. Algo que el que conozca la obra de Luís reconocerá enseguida (por poner un ejemplo, en su análisis socioinstitucional de la argumentación el polo positivo es ocupado por “lícito” y el negativo por “obstáculo a la participación”), pero que quien haya colaborado con él reconocerá todavía más. En cuanto al tercer ingrediente, la “amistad”, mejor quizá en su versión más débil y asequible, la “amistosidad”, seguramente es clave en el rotundo éxito intelectual que han tenido la infinidad de eventos, proyectos, publicaciones... organizados, auspiciados o meramente alentados por él. Partir de un espíritu constructivo y sentirse entretenido, si puede ser incluso gozoso a ratos, durante las intensas jornadas casi siempre agotadoras y ocasionalmente tediosas de una reunión de investigadores es un factor fundamental, que no todos saben propiciar y que muchos se olvidan de cultivar.

Y la amistosidad, la camaradería, constituye también, me parece, un valor argumentativo al que quizás todavía espera ser tomado en cuenta como merece en los estudios del ramo. En este sentido, tomándome la licencia para exponer mis propias valoraciones, me parece detectar una insistencia nociva por parte de los analistas contemporáneos de la argumentación en lo que podríamos llamar el “modelo de la confrontación”, algo de lo que el propio trabajo de Luís Vega quizás no se ha librado completamente (incluyo aquí el comentario crítico para que la reseña no resulta excesivamente melosa). Un ejemplo sería, sin ir más lejos, el puesto central que sigue ocupando en dichos análisis el modelo clásico de la “disputatio”, en la que bandos rivales entablan una batalla dialéctica a veces con el mero objetivo de competir, con toda su carga de simbología bélica y terminología centrada en el antagonismo, que aparece y reaparece de distintas maneras en los escritos de la Escuela de Ámsterdam, en las reflexiones metateóricas

de Apel y Habermas o en los libros del propio Vega. O, sin ir más lejos en la contribución de Adelino Cattani a este volumen, donde parafraseando el título de uno de los libros de Luís Vega, *Si de argumentar se trata*, prácticamente identifica “argumentar” con “debatir”. En mi opinión, merece la pena trasladar el foco del modelo de la confrontación al modelo de la colaboración, centrarse en contextos discursivos en los que no se parte de una discrepancia, en los que el objetivo no es primariamente persuadir, convencer o “vencer” al otro sino más bien aprovechar sus opiniones, “exprimir” la información que cada uno posee, vincular ideas y articular propuestas conjuntas a partir de hallazgos parciales. Quizás no vendría mal olvidarse por un rato (sin menospreciar su valor y su importancia) del modelo de la “disputatio” y explorar las potencialidades de aquel otro modelo tan griego, el “simposio” o, en terminología contemporánea, el banquete. Es decir, un contexto argumentativo en el que, sentados confortablemente en torno a una mesa bien servida (mejor no con cocido madrileño en este caso, que sin duda alegra el ánimo pero embota un poco de más las capacidades intelectuales) y en la predisposición benigna que propicia el goce de los sentidos y la grata compañía, se comparten las razones, se trasvasan los conocimientos y se avanza pausada y pacíficamente hacia la síntesis en el espacio público de lo que cada uno en su espacio privado ya sabe sobre “cómo son las cosas”. O, para cerrar ya este círculo, un modelo en el que todos los participantes son “maestro-compañero-amigo” del resto de participantes.

Un brindis a la argumentación

Al tratarse como he dicho de un volumen colectivo sin otra unidad temática que la que confiere la trayectoria investigadora del homenajeado, que es, por otra parte, muy diversa y muy amplia, me parece menos útil dedicar esta recesión a resumir y/ esbozar valoraciones críticas de las distintas contribuciones (remito para ello al lector a la excelente recensión de Jaime Roldán en el número 12 de la RIA). En todo caso, pues imagino que el lector tiene derecho a que le suministre alguna somera información sobre sus contenidos, diré que los editores han dividido el libro en cinco partes (“Orígenes de un debate inacabado”, “De la condición de la lógica y del ejercicio de su historia”, “La trama de la demostración”, “De la lógica académica a la lógica civil”, “Si de argumentar se trata”), y que incluye 15 textos de otros tantos autores. Doce son españoles: además de los dos editores E. Alonso, J.M. Sagüillo, J. Alcolea, J.F. Álvarez, E. de Bustos, C. García Gual, M. Jalón, S. López Arnal, E. Lledó y J.L. Mora. Tres son de fuera de España: G.E.R. Lloyd (Inglaterra), A. Cattani (Italia) y J. Rosales (Venezuela-Ecuador). Algunos textos se concentran en la figura de Luís

Vega (los emotivos capítulos de Mora y de López-Arnal), otros analizan o exponen críticamente algunas de sus propuestas (el análisis de su concepto de demostración en el trabajo de Sagüillo, o el repaso a su propuesta metateórica en torno a los estudios sobre argumentación de Marraud), y otros hacen contribuciones originales que de alguna manera conectan con sus intereses o su trabajo (el repaso a la olvidada noción de entimema y la olvidadísima noción de epiquerema de Olmos, o la reflexión sobre los analogismos interculturales de Lloyd). Como he dicho, Luís Vega es un autor polifacético y de larguísima trayectoria, por lo que en el libro concurren textos que conectan con su trabajo como historiador (Jalón, Rosales), como filólogo (García Gual), como filósofo “básico” o ideólogo (Lloyd, Lledó), y como lógico y/o teórico de la argumentación (además de los ya mencionados Alcolea, Alonso, Álvarez y Cattani). Quizás se echa de menos alguna contribución más en torno a su trabajo como Filósofo de la Lógica, faceta no menor y protagonista en sus primeros libros.

El papel protagonista lo tienen, porque lo han tenido en la investigación del autor, los estudios sobre argumentación. Y aquí, como decía al principio, descansa una de las “utilidades” del libro. Su lectura atenta sirve perfectamente para hacerse una clara y lúcida idea de de cuál ha sido la deriva que en los últimos cuarenta o cincuenta años han tomado esos estudios y cuál es el estado de la cuestión. De hecho, la principal preocupación de muchas de las obras de Vega y de varios de los textos del volumen es primariamente meta-teórica: cómo y desde dónde puede y debe articularse el discurso sobre los argumentos, cuál es el espacio teórico óptimo para su descripción, análisis, explicación y valoración.

Por un lado, el lector contemplará de cerca el “giro” o los “giros” que ha tomado su estudio, desde el planteamiento formal, semántico-sintáctico y centrado en la ciencia de la Lógica Simbólica hacia su apertura a los planteamientos más pragmáticos, más conceptuales y dirigidos al discurso cotidiano de la Nueva Retórica, la Dialéctica o la Lógica Informal, y el momento actual en el que la dirección parece ir hacia planteamientos sociales o socio-políticos y muy centrado en la práctica. En el trasfondo de esta deriva aletea, también, la cuestión en torno a los límites o las relaciones de pertenencia entre Lógica y Teoría de la Argumentación.

En mi opinión es una cuestión menor, casi terminológica. Que el estudio de la argumentación haya derivado en la línea que describía en el apartado anterior no se debe, a mi modo de ver, a ninguna específica frontera que los teóricos de la argumentación hayan decidido cruzar por su cuenta, sino que responde a una deriva general que se puede apreciar prácticamente

en cualquier ámbito filosófico (piénsese sin ir más lejos en la evolución en Filosofía del Lenguaje) y no encuentro útil emplear un término para referirse al “viejo” enfoque y otro para el “nuevo” ya que, en el fondo, no estamos ante disciplinas diferentes sino ante distintos paradigmas de la misma disciplina. Desde luego, cada uno tiene derecho a denominar como quiera sus propios trabajos en el ramo, y quizás hay factores relevantes de “marketing” que en un momento dado hace más atractivo un apelativo que otro. Pero a la hora de la verdad hay solo un fenómeno, la argumentación, y aunque uno se centre en uno u otro aspecto en su propia práctica teórica, una comprensión cabal requiere la consideración de todos los aspectos, todas las dimensiones, todos los factores. Apelando a las tres dimensiones o perspectivas tradicionales, que el propio Luís Vega se ha encargado de definir y estructurar en sus escritos (luego hablaré sobre la cuarta por él añadida más recientemente), a saber Lógica (producto), Dialéctica (procedimiento), y Retórica (proceso), diría que cualquiera que pretenda estudiar o caracterizar argumentos desde una sola de ellas es como quien pretende describir paralelepípedos dando solo sus longitudes, o solo sus anchuras, o solo sus alturas. Es más, me atrevería a afirmar (aunque sea un poco arrogante por mi parte) que la diferencia entre esas dimensiones está más en los ojos del observador que en el propio fenómeno, corresponde más al instrumental de análisis que a genuinas dimensiones del objeto. A la postre un buen argumento es el que (utilizo aquí los términos de Vega correspondientes a las tres dimensiones de valoración) es procedente-convincente-eficaz. Y no uno que es meramente procedente, y además convincente y por añadidura eficaz, sino uno que en el contexto en que aparece tiene las propiedades que le permiten hacer una de esas tres cosas (la que haga falta en el contexto) porque es exitoso en las otras, que le permitan por ejemplo convencer porque es procedente y eficaz, que le hagan eficaz porque es convincente y procedente, o que le hagan relevante porque persuade y convence. Supongo que debería explicar y justificar un poco más esta afirmación, pero me escudaré en el hecho de que el propósito de mi texto es dar cuenta de otros textos y no hacer propuestas teóricas, y remitiré al lector a las propias obras de Vega, que tratan ampliamente el tema.

En un recóndito lugar del mundo

Como vengo diciendo, un tema fundamental en el libro es el del estado de la Lógica-Teoría de la Argumentación (no me preocuparé más por la terminología) en la actualidad. Pero es también un tema igualmente protagonista el del estado de la Teoría de la Argumentación en España, concretamente, y en los países de habla castellana en general. Y aquí, me parece,

es donde el libro bien podría ser, como afirmo al comienzo, el comienzo de algo más (quizás el recomienzo, o la refundación, o el salto cualitativo, pues desde luego ya se viene trabajando mucho y muy bien en esta línea). No seré nada modesto ahora (aunque seré ambicioso al usar el “*pluralis auctoris*” y quizás pretencioso al incluirme en él), porque creo que procede más el entusiasmo que el comedimiento en un momento fundacional, así que afirmaré que estamos ante una oportunidad histórica para los filósofos en lengua castellana, una oportunidad que se ha abierto recientemente gracias al exitoso trabajo de veteranos y jóvenes, y en el que este libro bien puede suponer un hito: la oportunidad que tenemos de construir nuestro propio paradigma de investigaciones.

Me explicaré mejor. Bien sabido es que en la historia reciente (digamos, desde la transición democrática más o menos) la filosofía española ha sabido “abrirse” al exterior, recibiendo y adoptando las distintas corrientes y enfoques protagonistas, y consiguiendo hacerse un hueco en los mismos, publicando en las revistas y editoriales punteras, organizando y participando en los principales foros y congresos, ganando visibilidad en los rankings, etc... Pero no es menos cierto que en prácticamente en todos los casos los filósofos españoles nos hemos limitado a “participar” en los debates abiertos, a sumarnos a proyectos en curso, o integrarnos en paradigmas ya constituidos. Me temo, pues, que lo que no hemos conseguido (con alguna notable excepción) es constituir una “voz propia”. En muchas ocasiones nos hemos limitado a abrir sucursales o delegaciones de escuelas filosóficas cuya sede central radica en el extranjero, y nos hemos preocupado más por “estar a la última”, es decir, por estar enterados de lo que los filósofos alemanes, anglosajones o franceses estaban haciendo y porfiar por “meter la cuchara”, que en conseguir que esos mismos filósofos extranjeros nos escucharan e intentaran “meter la cuchara” en nuestros propios caldos.

Pues bien, quizás sea un espejismo intelectual, pero creo intuir en la coyuntura actual una espléndida oportunidad para abrir una escuela, corriente, paradigma o voz propia (llámenle como quieran, o no le llamen en absoluto) en el ámbito precisamente de la argumentación. Argumentaré, aunque sea esquemáticamente, por qué argumentación:

—para empezar, contamos con un racimo bastante jugoso de investigadores, con algunos grupos estables ya contruidos, una buena cantidad de cualificados especialistas consagrados a su estudio y otra buena cantidad de filósofos que trabajando en otras áreas manifiestan un interés colateral (pues, ¿qué tema filosófico no conecta con el de la argumentación?); los colaboradores del volumen ya suponen un buen conjunto, al que se podrían

añadir muchos otros nombres, entre los que me vienen ahora a la memoria (aunque seguro que si me detuviera un poco me vendrían bastantes más) como los de Lilian Bermejo, Cristina Corredor o José Ángel Gascón en España, y Carlos Pereda, Raymundo Morado o Cristián Santibáñez en Latinoamérica.

— existen además, algunas especificidades en la propia historia de los estudios de argumentación que nos proporcionan singularidad. Indicaré tan solo dos que se ven ejemplificadas en la propia biografía de Luís Vega, pero que son compartidas por muchos de los nombres propios señaladas anteriormente. Primero es la convivencia de las nuevas técnicas y planteamientos de corte pragmático con una sólida base de lógica formal y de filología-historiografía (recuérdese que antes cité los inicios en esos dos ámbitos de Luís Vega, que nunca ha abandonado y que siempre ha introducido en sus estudios sobre la argumentación), para el que no encuentro ahora mejor expresión simbólica que precisamente los dos compiladores, que han transitado respectivamente (según orden alfabético) desde la lógica formal y la filología, y que muchas veces echo a faltar en otras aproximaciones, que o bien se decantan decididamente por lo “nuevo”, o bien e instalan empecinadamente en lo “viejo”. En segundo lugar la resuelta introducción de factores y preocupaciones de corte social, sin despreñar aspectos políticos, éticos, legales, económicos..., una dirección a la que apunta decididamente Luís Vega en su último libro (*La fauna de las falacias*) con su propuesta de un Lógica Civil que saque de sus torres de marfil a los profesionales de la Lógica Académica (una apuesta, por cierto, a la que lleva desde hace tiempo apuntando otro de los pilares de la argumentación en lengua castellana, Carlos Pereda, con nociones como las de “razón arrogante” o “vértigo argumental”),

— contamos, además, con un contexto social en el que hay una demanda, por no decir una imperiosa necesidad, de instrumentos de análisis y de evaluación que permiten “poner orden” o cuando menos “introducir luz” en el deteriorado ámbito del debate público. Ya saben, la gente está insatisfecha con el tipo de argumentación que uno se encuentra habitualmente en las prácticas sociales en las que juega un papel institucional (políticos, periodistas, ideólogos, abogados, etc...) y presiente que debe de haber y debe haber baremos, cánones, o en general criterios objetivos para distinguir el grano de la paja, pero en general no sabe dónde o a quién acudir para dar con ellos. Pues bien, aquí no seré nada modesto: los expertos, los que dominamos tales criterios, los que llevamos miles de años dándole vueltas al asunto y los que exigimos en nuestra propia práctica el más riguroso

cumplimento de la excelencia argumental somos los filósofos. No alberguen ninguna duda, ésa es uno de nuestras competencias, y si dejamos que nos la roben otros estamentos (publicistas, divulgadores científicos, ideólogos, abogados....) no sólo será fatal para nosotros sino, mucho me temo, para la propia sociedad,

— y por si fuera poco, tenemos una revista propia en castellano (no se ría, es la RIA), otra revista bilingüe (*Cogency*), un buen mazo de proyectos financiados, cierto apoyo institucional, algunos prometedores jóvenes que han elegido la argumentación para iniciar sus carreras investigadoras, y, añadiré para re-cerrar el círculo, un nutrido grupo de gente más aficionada al “simposio” que a la “disputatio”, lo cual quiere decir que guardan entre sí una red de relaciones amistosas razonablemente libres de envidias, rivalidades, rencillas y otros vicios epistémicos, dentro de lo que la condición humana permite. ¿Qué más se puede pedir?

¿Se animan?

Javier Vilanova Arias